

Entregad, pues, la descendencia humana á semejantes mónstruos, y la vereis desaparecer indudablemente. Pues bien: el mundo ántes del diluvio se encontraba en este caso; la deshonestidad habia eliminado de los hombres toda esperanza para el porvenir; desapareciera la religion y las creencias, y gemia la tierra oprimida con la arbitrariedad sanguinaria de los hombres gigantes. Entre tanto, abre Dios las fuentes del abismo, y da curso á las cataratas del cielo; se viste la tierra de horrendos nubarrones, que con más actividad que la de mil bocas de bronce al frente de una fortaleza, despiden rayos sobre los montes y los valles; el mundo está en agonías; por más que trepen los hombres á las cimas de los volcanes y á las copas de los árboles más elevados, no pueden escaparse de la ira de los elementos; el rayo los precipita, el huracan los arrolla, los bramidos del viento los aturden, las olas los envuelven, hasta que, ahogados todos, flotan sobre las aguas millones de cadáveres, sin reservarse del exterminio los niños inocentes. Hé aquí el cataclismo universal; hé aquí la mayor catástrofe de la humanidad en tiempos pasados; examinadla con las luces de la fé y de la razon. ¡Ay! ¿Cuántas escenas de horror se os presentarán? Allí el anciano venerable concibe nuevas fuerzas para volar á los más difíciles reductos de las águilas acompañado de sus innumerables hijos, y al creer que su vida se halla en seguridad, se desmorona el peñasco, y quedan aniquiladas todas sus satisfacciones con una muerte súbita; aquí las mujeres desgredadas espiran entre horribles convulsiones, gritando más por salvar la vida de sus hijos mamantes que la suya propia. ¡Qué! ¿No se hiela el corazon al pensar en este azote de la humanidad? Sí, ciertamente; el mundo vió entónces un simulacro de lo que ha de sufrir ántes de la venida del Soberano Juez de nuestras acciones; la humanidad quedó destruida en medio de las más horribles calamidades;

pero esta catástrofe, ¿era comparable con la que ocasionaba la lujuria?

Hé aquí, amados míos, dónde hemos de fijar nuestra atencion. De cuantos habitantes habia en el globo, sólo ocho almas conservaron la vida temporal, perdiéndola todos los demás en las aguas purificadoras de la tierra. ¿Era esto un mal para los hombres? No lo era, y la razon es muy sencilla: tiene el hombre dos vidas, una del tiempo, otra de la eternidad: si es preciso perderlas, la razon exige que sacrifiquemos la que pasa en momentos por la que jamás acaba, porque de dos males hemos de escoger el menor, y es evidente que perder la vida presente por ganar la eterna, léjos de ser un mal, es un beneficio inestimable. ¡Ah! Contad si podeis el número de aquéllos que se salvaron en medio de la catástrofe universal; al desarrollarse la cólera divina, al precipitarse los montes, al crecer las aguas, al desaparecer la tierra, los corazones endurecidos en la maldad no podian ménos de ablandarse como la cera; ved á los hombres arrodillados, vedlos levantando sus manos al cielo, hiriendo sus pechos y confesando sus crímenes, y pidiendo misericordia. ¿Creeremos que no sucedió entónces lo que acaece á cada momento que divaga por la faz de la tierra el genio maléfico de las epidemias, ó caen sobre las ciudades los huracanes? ¿Hay acaso época en que los hombres se conviertan más sinceramente al Señor? Razon tenemos, pues, para afirmar que entre los innumerables que perdieron la vida temporal con las aguas del diluvio, hubo muchos millares que se salvaron de la condenacion eterna doliéndose de sus pecados. Echad ahora una mirada á esa turba innumerable de inocentes, para quienes ni el diluvio era un castigo, pues no lo conocian, ni el perder la vida un pesar, pues quedaban sus almas puras reservadas para los goces del paraiso. ¡Qué beneficio para estas almas! Dejad á estos niños que crezcan bajo la sombra de sus

progenitores, gigantes de iniquidad, y vereis que no han de ser mejores que sus padres, homicidas, voluptuosos, sanguinarios y violentos, dignos en este mundo de la execracion de los demás hombres, tan malos como ellos, y merecedores de tormentos sin fin en la vida venidera. Juzgad ahora si este exterminio temporal puede llamarse castigo, ó bien un remedio prévio con que impidiera Dios la ruina del mundo.

Yo no puedo ménos de calificarlo de este modo último, cuando oigo los admirables razonamientos de San Jerónimo sobre este asunto. Toma este Doctor en su boca las palabras con que Dios amenaza á los hombres: «No ha de permanecer, dice, mi espíritu en el hombre para siempre, porque el hombre es carne; es decir, por ser frágil la condicion humana, no quiero reservar al hombre á los tormentos eternos, sino darle aquí su merecido castigo.» Mucho más me confirmo en esta idea al leer lo que el espíritu Divino escribe sobre el patriarca Noé: «Fué este hombre perfecto y justo, y vino á ser el reconciliador de Dios con los hombres cuando la ira celestial se hallaba más encendida; por medio de él reservó Dios las reliquias del mundo cuando envió el diluvio sobre la tierra, y fué el depositario de la alianza para que todos no fuesen exterminados por las aguas.»

En efecto, amados míos; consumada la purificacion de la tierra, ved cómo brota de nuevo la humanidad, extendiendo sus ramas con lozanía, como el árbol rejuvenecido en primavera, despues de haber sido podado por mano de hábil jardinero. Un holocausto ofrecido por el santo Noé conmueve las entrañas divinas; se celebra un nuevo pacto con los hombres, y para que desaparezca todo temor de otro diluvio, añade Dios á sus promesas una señal sensible, que han de ver los hombres impresa en las nubes siempre que éstas descarguen sus aguas sobre la tierra. Desde entónces siempre ha de haber justos en el

mundo, y han de existir hombres de virtud heróica que den honor á la Divinidad y contengan sus iras. Sí; á los dos años de la muerte de Noé vendrá al mundo el Padre de todos los creyentes, cuando existen aún innumerables hijos de los virtuosos Sen y Jafet. Despues aparecerán legisladores sábios como Moisés, sacerdotes santos como Aaron y Finés, reyes piadosos como David y Josías, los que serán en todas épocas la trabazon que una á los hombres entre sí bajo una misma ley y religion, hasta que salga á luz el esperado de todas las naciones.

Tengo, pues, ya demostrado hasta la evidencia que lo que llamamos castigo del cielo, no es más que una medida providencial, de la cual Dios echa mano para sostener la humanidad en armonía y hacer permanentes las leyes conservadoras del linaje humano, y creo que residirá ya en vuestros espíritus esta conviccion. Se me objetará que, no obstante esta nueva regeneracion, han continuado las calamidades affligiendo á los hombres. Es verdad; pero tambien lo es que la lujuria ha tenido su reinado en todos tiempos: mirad esos imperios colosales que fueron el terror de la antigüedad. Babilonia es una capital cuyos edificios están disputando al tiempo su duracion; Nínive, Tiro y Sidon son el emporio de la civilizacion, del comercio y de las artes; la Grecia se eleva como por encanto á tal punto de gloria, que oscurece á cuantos la han precedido; Roma, semejante al tigre devorador que absorbe en sus fauces cuantas víctimas se le presentan, destruye cuantos reinos hay en la tierra: esto es grande y asombroso; mirad sus templos y calles; observad la conducta de estos pueblos antiguos; su religion no sabe subsistir sino á fuerza de deleites carnales, simbolizados, no sólo en pinturas, sino aún en representaciones teatrales; los templos, los circos, los palacios, los jardines, las plazas, las calles y la tierra toda está siempre manchada con tamañas obscenidades; horrorizada está la naturaleza

al ver violadas la ley natural que aleja al padre de las hijas, á los hijos de las mádres; sin discernimiento, sin ley, sin pudor, viven los hombres como bestias, adorando á la prostitucion por una aberracion inconcebible, como la cosa más santa y divina. Pero, ¿qué sucede? La gran Babilonia, la opulenta Nínive, la laboriosa Tiro, cayeron cuando sonó la hora de las represalias del cielo; unas y otras «se convirtieron, como se expresa Jeremías, en habitacion de dragones y sierpes, en monton de ruinas, en objeto de desprecio de los demás hombres.» Como un prodigio que no hemos visto en los tiempos modernos, nos llena de pavor el pensar que en aquéllas épocas se encontraban al frente dos ejércitos enemigos, compuesto cada uno de más de un millon de soldados; y allí, espada contra espada, lanza contra lanza, elefante contra elefante, sin que hubiese más estrategia que presentar el pecho al agresor, sucumbian á la vez centenares de miles. No necesitaba Dios de esgrimir su terrible cuchilla; las pasiones humanas eran el instrumento de las iras del cielo, y de ellas se sirviera para ir cortando los demasiados vástagos de la humanidad oriundos de uniones ilegítimas, de orgías obscenas, de comercio prohibido por la razon. ¡Ah! Acaso no se me creeria si dijese yo esto sin apoyo de autoridad; no me hallo desprovisto, no. Dios convierte en cenizas á las ciudades nefandas, porque si su disolucion se hubiese propagado, la humanidad se esterilizára, y para conservarla hubiera tenido que formar otro plan la Providencia. Veo tambien destruidos en un dia veintitres mil israelitas, porque á no haberlos abolido, se hubiera radicado en ellos la disolucion de las hijas de Moab; y dando un salto hasta los tiempos de la civilizacion del Evangelio, no puedo ménos de consternarme al fijar la vista en aquella irrupcion de bárbaros que cayeran sobre Roma y destruyeran aquel imperio, que no fuera, por fin, sino una confusa muchedumbre de hombres igualmente apasiona-

dos por la carnicería como por la lujuria. No lo dudeis por un solo momento: Dios, como hábil arquitecto del edificio humano, destruye sin cesar las partes falsas de esta obra, para que no se desmorone; así lo exige su providencia; ó, diré con el ilustre Salviano: así lo exigen las lujuriosas costumbres de los hombres. «El lujo y la impudicidad, dice este sábio, aceleró la ruina de los hijos de Cartago; no queria Dios destruir esta ciudad todavía, pero ella y su pueblo instaron para su aniquilacion, aumentando sus abominables excesos.»

Ahora quiero dirigir la palabra á los filósofos del siglo xviii y á sus secuaces. ¡Cuánto han clamado los cínicos contra la continencia! ¡Cuánto han ultrajado la castidad! ¡Cómo han engañado á los hombres! ¡Qué palabras las tuyas tan halagüeñas y venenosas á la vez! Oidles: «La tierra, dijeron, es la mansion de las delicias; sus valles frondosos y sus montañas pingües, habitacion del hombre, asiento de ciudades populosas, moradas del placer, no tienen otros habitantes que las fieras. ¿Por qué se halla tan desierta la mayor parte del globo? ¿Por qué no ha de haber más brazos para socavar los tesoros, y fundar ciudades, y labrar campiñas? Entónces se aumentarán las riquezas, prosperarán las naciones, y crecerán los goces del hombre.» Todo esto ha dicho la filosofía, para engañar, no sólo al pueblo rudo, sino á los mismos sábios. Pero observad el tósigo que se esconde entre estas razones especiosas. Á continuacion sigue la ciencia incrédula examinando las causas de la despoblacion de la tierra, y despreciando las verdaderas, toma las fementidas. «¿Quién es la causa de que haya tan pocos hijos de Adan?» se preguntó á sí misma con arrogancia. «El sacerdocio, el monacato, contestó. Esos hombres, que se privan de los placeres por el reino de los cielos;» y entónces elevó su voz estentórea, amotinando á los pueblos, para que proscribiesen el celibato monacal como perjudicial á la prosperidad y au-

mento de la humanidad. Habló la filosofía, y los pueblos la han obedecido en gran parte. Oye, pues, mis palabras, y mira á tu porvenir funesto, altanera razon filosófica, que te glorías de ser hoy la única luz del mundo. Por más que te esfuerces en proscribir la continencia, so pretexto de aumentar el número de los hombres, ni has de conseguir que dejen de existir en el mundo hombres consagrados á Dios por la castidad, ni tampoco alcanzarás que haya más individuos de la especie humana que los que el Sér divino tiene decretado en su economía. Años há que empleas todo tu saber para mantener en los pueblos una paz falsa; paz rebozada con mil crímenes; paz conseguida con la intriga, la superchería, las alevosías y el maquiavelismo; paz, á cuya sombra se ha radicado hondamente la impiedad filosófica y extendido la lascivia. Espera un momento, y tiembla, porque la filosofía del mismo Lucifer no será capaz de contener las pasiones de los pueblos cuando éstos se levanten por permission del Altísimo. Nada servirán los protocolos cuando diga Dios á las naciones: «Alzaos y ejecutad mis decretos.» Se convertirán entonces las ciudades suntuosas en montones de ruinas; las hermosas llanuras se cubrirán de cadáveres; miles de víctimas humanas entrarán repentinamente en el seno de la eternidad. ¿Dónde estarán entonces vuestras teorías? ¿Dónde esa felicidad que prometíais á los pueblos cuando les excitásteis á anatematizar la castidad? En vano la buscarán entre los vivos, pues las esperanzas de los pueblos se han trasladado al sepulcro. ¡Qué! ¿No tiene Dios armas para pelear? ¿No es dueño de los pueblos? ¿No conduce Él á las masas humanas para que arrollen y destruyan? ¿No tiene en su mano los elementos, las hambres y las pestes? ¿No somos todos testigos de lo que ha hecho Dios, al paso que la filosofía ha abolido los seminarios de pureza? ¿Se atreverá alguno á decir que la humanidad ha aumentado despues que no existen tantos hombres celiba-

tarios, cuando hemos visto precipitada la mitad de los hombres en el sepulcro á consecuencia de ese azote que pocos años há recorrió toda la tierra? ¿No quedó entonces confusa toda la ciencia médica, sin saber qué remedio aplicaria á la horrenda peste, que arrebatava en horas muchos millares de víctimas? ¿No nos llenamos de pavor al ver casi sistemadas esas hambres, que cada invierno abren tantos sepulcros para cubrir á los infinitos que mueren de inanicion?

Abusad, abusad ¡oh hombres! del cuerpo que recibírais de Dios para que fuese templo suyo; convertido en instrumento de la sensualidad; entregaos indistintamente á todo placer, porque sois libres en vuestras obras; pero estad seguros que Dios destruirá vuestras obras; Él se servirá de las causas segundas para condenar al exterminio vuestros incrementos; Él restablecerá el equilibrio á costa de vuestras cervices orgullosas; Él demostrará á la altanera razon, por medio de lecciones severas, lo que no quiere aprender con suaves inspiraciones. ¿Qué consecuencias sacaremos de aquí para nuestro propio interés, amados míos? Que debemos ser castos en pensamientos, palabras y obras; que debemos huir de la deshonestidad, no sólo como de un áspid que quiere matarnos, no sólo como de la cosa más ofensiva de la santidad divina, sino tambien como de un atentado contrario á la Providencia, á las leyes conservadoras de la naturaleza humana, y que nos priva aún en la tierra de la poca felicidad que pudiéramos poseer, pues por la lujuria vienen al mundo los huracanes, los terremotos, las guerras, los incendios, las hambres, las pestes y todos los demás azotes que nos afligen.

Arrojémonos contritos á los piés de nuestro Salvador. ¡Ah! Con su gracia aún podeis levantaros del cieno de la lujuria, hombres que os hallais manchados con sus inmundicias. Pidamos al cielo sus auxilios, porque el com-

bate contra la carne es muy fuerte; pero más fuerte es la gracia de Dios, que se nos presenta sin cesar como una rodela que nos defiende y como una espada con que peleamos para conquistar un reino eterno, un lauro inmortal, que deseo á todos. En el nombre del Padre, etc. Amen.

SERMON

SOBRE LA CASTIDAD.

Ne des alienis honorem tuum, et annos tuos crudeli; Ne forte... labores tui sint in domo aliena, et gemas in novissimis, quando consumpserit carnes tuas.

No des tu honra á las extrañas, y tus años á una cruel; no sea que... tus sudores se queden en casa ajena, y suspires al fin, cuando hayas consumido tus carnes.

(Prov., cap. v, vers. 9, 10, 11.)

Gran razon tuviera el divino Pablo, cuando dijo que «la palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos, y que alcanza hasta la division del alma y del espíritu, y áun de las coyunturas y medulas, y que discierne los pensamientos é intenciones más recónditas del corazon.» Testimonio perenne de esta verdad es el cambio universal de la humanidad por la palabra del Evangelio anunciada por los Apóstoles; prueba irrefragable son las estupendas conversiones que se han seguido de sólo oír de la boca de un ministro de Dios una sola sentencia del Espíritu Santo pronunciada con el énfasis y fuego que la caracteriza; prueba tambien incontestable son las cortas y admirables palabras que me sirven de tema para introducirme en el asunto que voy á exponer en este momento. Existen en el mundo grandes males en el orden moral, males introducidos por el pecado, males reconocidos como tales hasta por la depravada